

no de su mortal carrera, mira desapasionadamente las cosas de este valle de lágrimas, y se dispone sereno al tránsito angustioso y solemne á mejor é interminable vida.

Así, despues de alentar á Elvira, tuvo tambien palabras de consuelo para la pobre Mencía, y volviéndose luego á D. Fernando, al traves de cuyo atribulado juvenil semblante diríase que D. Martin leia los sentimientos del alma, díjole enternecido:

—En cuanto á vos, mancebo, si por el dolor de vuestro infelice padre no fuera, dijérais yo que os felicitaba por el prócsimo fin de las horribles angustias que estais padeciendo. Almas como la vuestra, Fernando, solo están bien en el cielo!

A influjo de tanta resignacion y piedad tan sincera, fundiéndose la capa de hielo con que el exceso mismo de la pena habia revestido allí los corazones, enterneciéronse los pechos, y acudiendo el llanto á los ojos, desahogóse la afliccion en hondos suspiros y amargos sollozos, que D. Martin veia y escuchaba con una compasion semejante á la que el ángel de la guarda de un desdichado, sentirá sin duda en sus tribulaciones.

Pero si sus fuerzas morales superaban á las de todos los presentes, no así las físicas, por trabajos increíbles de reciente fecha, y los estragos de la herida agotadas; por manera que, tomándole súbito un desmayo, hubo necesidad de llevarle al lecho mismo de su hija, y atender escluserivamente al cuidado de su persona.

Francisco, el indio fiel, hizo entonces, como habia hecho en la caverna del bosque, el papel de médico; mas veíase en su semblante que le faltaba la confianza que en el asilo subterráneo le animó constantemente.

—¿Es grave la herida? le preguntó con indescriptible angustia doña Elvira; y el indio bajó tristemente la cabeza.

—¿Pero no hay esperanza ninguna? insistió con desesperada energía la bella dama.

—En Dios siempre! replicó Francisco.

Ni el indio, aunque lánguido y estropeado, ni Mencía en lágrimas bañada, ni doña Elvira silenciosa y terrible como la desesperacion misma, ni D. Fernando sereno como el valor á la muerte resignado, se apartaron aquella noche un solo instante del lecho de D. Martin Suarez de Monroi, presa de ardiente fiebre, y visiblemente á su postrero instante aprocsimándose con velocidad espantosa.



CAPITULO IV.

EN EL CUAL SE DA CUENTA DE QUIÉN ERA D. MARTIN SUAREZ DE MONROI, LLAMADO EL *Mártir*.

FAMILIARIZADO ya el lector con nuestra manera de escribir, harto parecida á la existencia del árabe en los desiertos, estrañará poco que en este capítulo, que bien hubiéramos podido llamar retrospectivo, retrocedamos, en efecto, con la narracion nada menos que al año vijésimo octavo del siglo XVI de la era cristiana: mas por si algun escrúpulo le queda, alegaremos en nuestro favor la necesidad, gran señora, despótica soberana, á cuya voluntad absoluta y fuerza irresistible vivimos todos sujetos, desde el autócrata de todas las Rusias el mas abyecto de los esclavos africanos, ambos inclusive.

¿Cómo sin retrogradar á tiempos pasados, pudiéramos explicar hechos cuyas causas procedian de sucesos, no solo consumados, sino casi completamente olvidados cuando en las cárceles de México vejetaban aherrojados el marques del Valle de Guaxaca, D. Alonso de Avila, y los demas caballeros sus amigos, de conspiradores acusados? —La cosa fuera imposible; y á tanto dicen los jurisperitos que ninguno está obligado.

Por tanto, volvámonos de un salto al año de 1528, y salvando los mares tan sin esfuerzo como si voláramos, conducimos al lector á cierta rica primorosa estancia de una casa que pudiera pasar por palacio, en la ciudad conquistada por el santo y gran rey D. Fernando III de Leon, cuya memoria, canonizada por la Iglesia, carece acaso de la importancia histórica que en realidad merece. Mas dejando eso aparte, decimos, en prosa lisa y llana, que la escena se traslada á Sevilla, y tiene lugar en un espléndido aposento, en el cual vemos

con los ojos de la fantasía, y al través del prisma de los siglos, á un hombre de madura edad, altivo continente, marcial semblante, y fascinador conjunto, sentado en un diván moruno, la frente apoyada en su mano izquierda, el brazo mismo sobre una mesa de papeles y joyas cubierta, y con la diestra acariciando la cabeza de un niño á sus piés arrodillado. Detengámonos un instante á considerar la figura del adolescente, y sin necesidad de grandes conocimientos en la ciencia de Lavater, descubriremos entre ella y la del hombre maduro tales y tantas analogías, que nos resolveremos á afirmar positivamente que son padre é hijo los que estamos viendo.

Sin embargo, tiene la fisonomía del adulto ciertos caracteres de dureza y violencia que faltan en la del niño; y en cambio se nota en el conjunto del rostro de este, un no sabemos qué de melancólica ternura de que carece el de su padre.

Para explicar esas diferencias, sin atenuar la semejanza, bastará considerar las edades; porque en verdad, ni el hombre de cuarenta y tres años suele, jeneralmente hablando, ser tan tierno como el niño de catorce, ni es maravilla que al que comienza la vida le falte en el corazón la amarga hiel que de ordinario se revela en la espresion de la fisonomía del que lleva ya mas que mediada su mortal carrera.

Mas, en todo caso, es cierto que eran padre é hijo los dos personajes que hemos puesto en escena, contando el primero cuarenta y tres años de edad, mientras que catorce apenas el segundo; y rayando casi en la identidad su semejanza recíproca, salva la notable diferencia de espresion que ya notamos.

Aquellos dos hombres, célebre ya el uno, al paso que imberbe aun el otro, eran Hernan Cortés, el inmortal conquistador de México, y su hijo D. Martín, habido en Catalina Suarez, su primera esposa.

Engolfado mas que nunca en el proceloso mar de la ambicion, Hernando, llegado á España en Mayo de aquel año, no como un súbdito que acude á solicitar la gracia de su soberano, sino como un héroe que reclama la triunfal corona que le es debida, habia, si no perdido por completo de vista su punto de partida, habituándose por lo menos á considerarlo como un favor mas de la fortuna, persuadiéndose de que solo le hizo la voluble diosa comenzar desde tan baja esfera, para que al verle remontarse á las superiores admirase el mundo el vigor de sus alas y la jenerosa altivez de sus pensamientos. Y en efecto, difícil fuera reconocer al estudiante que, *ahorcando los hábitos*, se embarcó pobre y enfermizo en 1519, sin mas porvenir que el de una miserable escribanía de aldea, en el gran capitán que, habiendo conquistado en dos años, con menos de dos mil hombres, un reino digno del nombre de *Nueva-España*, arriba á las poéticas orillas del Guadalquivir, en poderosas naves cargadas de oro y plata y pedrerías y joyas de valor inestimable, animales desconocidos, hombres nunca vistos, con enanos y juglares que le solacen, capitanes y sol-

dados que le guarden, criados que le sirvan y esclavos que le adoren. Y así llegó Cortés á España: disipando, como el sol las nubes con su presencia sola, cuantas infames intrigas urdieran hasta entonces para perderle sus envidiosos, en horas conquistó la amistad de Carlos V, y en minutos la simpática benevolencia de la aristocracia española.

Mas la flaqueza humana se revela siempre aun en los mas privilegiados mortales; y así como dice cierto autor latino, de cuyo nombre no me acuerdo, que á Sócrates le creyéramos un dios si á la cicuta no sucumbiera: *Nisi morte ocubuisset, Deum crederes*; á Cortés pudiéramos llamarle completamente grande, á no haber incurrido en la debilidad misma que casi en nuestros días ha repetido, en hora menguada para su propia fortuna, el prodigio de los tiempos modernos, Napoleón Bonaparte.

Y vive Dios que no rebajamos al glorioso emperador frances, comparándole con el inmortal conquistador español: cada uno de ellos fué el hombre de su siglo; y si la ocasion lo consintiera, y á tanto osara nuestra humilde injenio, fácil y muy fácil fuera sostener el paralelo en lo grande, lo mismo que por desdicha podemos y debemos hacerlo en lo pequeño.

Napoleon, en efecto, imaginando que si á su tálamo no llevaba una doncella de estirpe rēja, nunca seria tenido por verdadero soberano, contrajo un enlace que no fué tal para él, sino lazo en que al cabo dejó la corona y la libertad, sin que la fuerza de la sangre moviese á sus augustos parientes á otra cosa que á contraer estrecha alianza con los mas encarnizados enemigos de aquel, á quien servilmente idolatrarón triunfante, y como á dañina fiera trataron así que la fortuna le volvió la espalda.

Hernan Cortés, asimismo, pareciéndole que ser *grande hombre* no bastaba para ser *grande* en la corte, aspiró á enlazarse con una dama de alto linaje, cuya mano pudo hacerle domésticamente feliz, mas no alcanzó, por cierto, á preservarle ni de las intrigas palaciegas, ni de las ingraticudes rėjias.

¿Cómo explicar esos fenómenos! Solo admitiendo que la vanidad, como elemento moral del hombre, en todos hace su oficio mas tarde ó mas temprano, y con resultados tanto mas sensibles, cuanto mayor es la altura del que á sus impulsos peca.

En fin, Hernan Cortés tenia tratado en Junio de 1528 su casamiento con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hermana del conde de Aguilar, uno de los señores mas nobles y bien emparentados de toda Andalucía, y quizá tambien de Castilla.

El conde, ya por las grandes riquezas que debía suponer en el conquistador de un reino, donde el oro y la plata, pensaban los españoles, eran tan abundantes como el trigo en su tierra; ya porque siendo persona de elevado carácter y altas miras, comprendiese que las hazañas de Cortés valian, por lo menos, tanto como la mejor ejecutoria

posible del mas encoquetado rico-hombre, prestóse con gusto á darle su hermana: pero no sin tomar antes los informes y precauciones que la mas ordinaria prudencia aconseja jeneralmente en tales casos, y en aquel eran quizá mas de rigor que en otro alguno.

Muy desde los principios del descubrimiento de las Américas, comenzó á decirse en España, y tal vez no sin fundamento, que entre los aventureros de todas clases y categorías que pasaban al Nuevo Mundo, habia algunos, y no pocos, que casados en Europa y dejando en ella á sus mujeres, repetian del sacramento del matrimonio en las tierras occidentales, ó por no perder la costumbre de vivir maritalmente, costumbre en realidad difícil de recobrar una vez perdida, ó por contribuir en cuanto de su parte estuviere á que preponderase la poblacion cristiana sobre la raza idólatra de los indios. Ya, como el lector conoce, picaba en historia la tal costumbre; pero lo mas duro del caso es que (segun se decia) hubo quien dió en aplicarla recíprocamente, es decir: en casarse primero en América con alguna mujer rica, solo para ahorrarse la molestia de hacer fortuna; y regresando despues á España, casarse tambien por no vivir sin compañía, ni esponerse á morir sin herederos europeos.

Los *indianos*, pues, considerábanse y eran, en calidad de novios, tan codiciados como sospechosos; porque en verdad, fuera chasco tomar gato por liebre, y salir, ya comido el pan de la boda, con que la pobre esposa no tenia derecho á tan honrado título, sino al poquísimo envidiable de Barragana.

Por tales razones, amen de la de no haberse dejado ya de traslucir algo acá en la corte del César de las travesuras de Hernando en punto á mujeres, entendemos y declaramos que el conde de Aguilar anduvo prudente queriendo averiguarle la vida á su futuro cuñado, antes de que lo fuese irrevocablemente. Que Hernan Cortés hubiese galanteado á mas damas que en primavera flores liba una abeja ó acaricia una mariposa, importábale poco al conde, que á fuer de español, de caballero, de gran señor, y de cortesano de un monarca tan poco escrupuloso en tales materias como lo fué siempre Carlos V, no pretendia ciertamente pasar por rígido moralista; en cuanto á hijos naturales, tampoco pensó nunca mostrarse inflexible, con tal de que se les hiciese á sus futuros sobrinos la parte del leon en el reparto de bienes; pero con lo que de ningun modo trataba de capitular era con que hubiese otra lejitima esposa allende los mares, ó con que el título que ya Cortés y él ambicionaban, pasara á otros que á los descendientes de su hermana.

En cuanto al primer punto la dificultad no ecsistia: Catalina Suarez, tan amada un tiempo, y por la cual tantas y tan estremadas locuras se hicieron, era muerta en Cuba, sin haber vuelto á ver el rostro de su marido desde el año de 1519. ¡Dichosa ella, si ignorase tambien sus continuas infidelidades!

Pero Catalina dejaba en pos de sí un hijo lejitimo, un hijo habido pública y notoriamente, bautizado con gran solemnidad ante los primeros pobladores de Cuba, que la mayor parte aun vivian, y presentado á la fuente de gracia y regeneracion por el Adelantado Diego Velazquez, á la sazón amigo y protector, mas tarde encarnizado enemigo de Hernan Cortés.

Ese hijo, ese D. Martin era indisputablemente el lejitimo heredero de su padre, segun el derecho de primojenitura, dado que aquel fundara un vínculo y á titularse llegase; y ese hijo vivia en 1528; y ese hijo estaba arrodillado á los piés de su padre solicitando su bendicion, en el momento en que á uno y á otro los hemos puesto en escena. ¡Cómo se hallaba aquel niño en Sevilla! ¡Cómo su padre, tan sagaz y previsor, no veia que la sola presencia del adolescente bastaba para hacer imposible el enlace que, con razon ó sin ella, ambicionaba ansioso!

Vamos á esplicarlo todo; mas para que sea con claridad, todavia tenemos que retroceder algunos años con el cuento. ¡Cómo ha de ser! Así lo ecsije imperiosamente el interes dramático de la novela.

Si Hernando no fué nunca muy fiel, ni algo fiel, ni nada fiel á su esposa, en cambio tampoco nunca olvidó que estaba en la obligacion de sustentar decorosamente á Catalina y á su hijo, y constantemente les hizo, por diferentes conductos, remesas de oro y joyas con que espléndidamente vivir pudiesen. Mas la primera esposa del héroe era una mujer poco á propósito para grandezas, muy recojida y hacendosa, modesta en sus hábitos y encojida en su trato, tierna y devota, sin grande enerjía, pero en cambio de sólida virtud; y así, en vez de hacer vana ostencion de sus riquezas, prosiguió viviendo en Santiago de Cuba, con menos fausto acaso que cuando su marido rejentaba aquella alcaldía, y repartiendo el tiempo entre la educacion de D. Martin, sus obligaciones religiosas, y el cuidado de su hacienda. Jóven aún, bella, casi viuda, peor que viuda, pues era esposa abandonada, vióse naturalmente espuesta á dos jéneros de tentaciones, ambos harto poderosos: el de la venganza y el del amor; mas resistiólos todos, y ni con el pensamiento siquiera se dejó ir nunca ni á murmurar del infiel ausente, ni á faltarle á la fé prometida. Antes por el contrario, hablando de continuo al niño, fruto de sus castos amores, de las altas dotes y heróicas hazañas del autor de sus días, llegó á conseguir que el amor y la veneracion de D. Martin á su padre corriesen parejas con la piedad cristiana profundísima, que tambien con su ejemplo logró inspirarle.

Feliz combinacion de las dos almas de Cortés y Catalina: el espíritu de D. Martin fué desde sus primeros años elevado y tierno, grande y virtuoso á la par; y si la fortuna no le volviera el rostro en la cuna misma, si sus propios sentimientos y eesaltadas virtudes no le atajaran luego invenciblemente el camino, de presumir es que hubiera lle-

gado muy alto. Mas de otro modo estaba escrito, y fué como el destino lo quiso.

Durante la expedición de Hernando á las Hibueras, una enfermedad de languidez, fruto acaso del llanto de los ojos suprimido y en el corazón atesorado, de penas y zelos á costa de sobrehumanos esfuerzos ocultos, condujo á Catalina Suarez al sepulcro, que sin duda anhelaba para descansar de tantos y tan crueles padecimientos.

Sus últimas palabras fueron estas: "Martín, teme á Dios y sírvele fielmente; despues de Dios obedece á tu padre, sin escámen, sin réplica, por doloroso que sea el sacrificio que de tí ecsija. Adios, hijo mío; ruega por el descanso del alma de tu madre."

Y bendiciendo al desolado niño, echó el último suspiro, rindiendo blandamente el alma en brazos del ángel de su guarda, que sin duda lo llevó rápido á recibir en el cielo la recompensa debida á sus modestas, pero constantes virtudes.

Tenemos, pues, á D. Martín ya presa de la desgracia en la edad de la risa, de la imprevisión y de los juegos; solo en un país recién poblado, en medio de los enemigos de su padre, y hasta ignorando si ese como á hijo le consideraba. Situación mas triste, difícil es imaginarla, como no se añada la miseria á las desdichas que enumeradas dejamos; porque la pobreza, en efecto, es el remate y corona de toda desventura. Pero D. Martín no era pobre, ni mucho menos, sino en realidad muy rico; y lo que es mas, casi árbitro y señor absoluto de su hacienda, á pesar de sus cortos años. Esa circunstancia insólita y á primera vista inverosímil, requiere esplicación, y vamos á darla.

Catalina Suarez, á quien la muerte no cojió de sorpresa, ni la posición futura de su hijo podia ocultarse, tuvo gran cuidado en ordenar sus negocios de manera que, al espirar ella, no interviniese la justicia para cosa alguna en los asuntos de su casa. Declarando, pues, á D. Martín heredero universal de los bienes y peculio de que era señora, en virtud de su carta dotal y las sucesivas jenerosas donaciones de su marido, nombró curador de su hijo, durante la ausencia de Hernando y mientras él no disponia otra cosa, á cierto eclesiástico, su capellan ordinario, hombre de vida ejemplar, moralidad severa y adhesión probada á la familia. Llamémosle el P. Asencio, y digamos de él que, con mediana capacidad y no gran fuerza de carácter, era mas á propósito para dirigir la conciencia de una mujer naturalmente timorata, que los primeros pasos en la vida, de un rapaz, religioso sí, pero tambien emprendedor, audaz, y en sus resoluciones perseverante. Sucedió, por tanto, que limitándose Hernán Cortés á responder de palabra al mensajero que le llevó á Nueva-España la noticia de la muerte de su esposa, que aprobaba en su totalidad las disposiciones testamentarias de aquella; y pasando meses y meses, sin que diese muestras de ocuparse en la suerte de su hijo, la razón precoz de D. Martín y su

esquisita sensibilidad alarmáronse á un tiempo, y no sin causa, justo es decirlo.

—¿Qué pecados cometí yo, decia el pobre niño á su curador, para que así me abandone mi padre! ¿Avergüénzase por ventura de mí, cual si fuese fruto de ilegítima unión? ¿No era mi madre una santa! ¿No he sido yo siempre dócil á sus mandatos, cuidando al mismo tiempo de instruirme en las artes propias de un caballero, hijo de tan grande hombre como lo es aquel á quien venero, y por desdicha mia me abandona?

El pobre del capellan acudia, para responder á tan sentidos argumentos, al vulgar recurso de ocupaciones y negocios graves, que debían absorber entera la atención del héroe; y en verdad que si disculpa pudiera haber para olvidarse de los propios hijos, fuéranlo las molestias, trabajos, contradicciones y enemigos con que á la sazón luchaba Hernando.

Mas D. Martín, tenaz de suyo, y con el corazón herido, íbase afirmando mas cada dia en la idea de que motivos para él impenetrables y poderosos, sin duda, le tenían apartado del seno paternal, condenándolo á cruel abandono.

En tal estado llega á Santiago de Cuba la noticia de la partida de Hernán Cortés para España, viaje largo, azaroso siempre y mucho mas que ahora en aquella época; viaje que supone el proyecto de permanecer no poco tiempo ausente del teatro de sus hazañas; viaje, en fin, que interpone todo el Océano Atlántico entre el padre y el hijo... ¿Y sin embargo, ni una letra, ni un mensaje para D. Martín!

¿Habíase ya comenzado á tratar del enlace de Cortés con doña Juana Zúñiga, y fué estudiado tan singular olvido? No nos consta, mas sí nos parece probable, atendiendo, entre otras circunstancias, á la rapidez con que el matrimonio á que aludimos se verificó en España. Mas sea de eso lo que fuere, el hecho es que el niño D. Martín, sintiéndose hondamente humillado, y en lo mas esquisito de su caballerosa sensibilidad herido, *resolvió*, sí, *resolvió* á pesar de su corta edad, aclarar de una vez el misterio de su situación, tan intolerable como incomprendible realmente. La precocidad natural en las rejiones tropicales, su educación especial, y la sangre jenerosa que en sus venas circulaba, juntamente con las dotes que debió al cielo, pueden esplicarnos lo singular y escepcional de haber resolucion razonada y propósito invariable en sugeto apenas de la infancia salido.

En todo caso, el bueno del P. Asencio, no acertando á resistirse á la elocuencia natural y firme voluntad de su pupilo, hubo de prestarse á ausiliarle en la ejecución de sus proyectos, que realmente se llevaron á cabo sin la menor demora.

Realizada, en consecuencia, una considerable suma en oro y plata, puestas en arrendamiento las haciendas, y fletado un buque para la Española, trasladáronse á aquella isla D. Martín, el P. Asencio y